

estado moral, ¿qué pueblo competiría con Francia, dados el entusiasmo, la actividad y el patriotismo de sus habitantes?

Los Apóstoles reunidos al pie de la Cruz se separan para llevar el Evangelio á todas las naciones.—Este hermoso cuadro de Cárlos Gleyre, cuya copia ofrecemos á nuestros lectores, representa una bellísima idea del pintor, que supone á los Apóstoles, después de la Ascension de Jesús á los cielos, reunidos en torno de la Cruz, emblema sacrosanto de la fé cristiana, y dirigiendo una última mirada al árbol de donde brotaba la fuente de la vida, como pidiéndole inspiracion y auxilio, antes de separarse todos ellos para predicar el Evangelio hasta en los últimos confines del mundo conocido.

San Pedro, más próximo á la Cruz que los otros Apóstoles, pide al cielo su divina gracia, y en nombre de la Santísima Trinidad bendice á los que fueron hijos humildes del pueblo y ahora van á ser príncipes de la Iglesia, bajo la supremacía de honor y jurisdiccion de aquel á quien Jesucristo dió las llaves y le hizo piedra angular del incommovible santuario.

Todas las demás figuras están admirablemente combinadas, y denotan el carácter particular de cada uno de los santos personajes.

La arquitectura, estatua de Julio Monteverde.—Esta obra escultural, cuyo grabado ofrecemos á nuestros lectores, es obra del escultor italiano Julio Monteverde, y está destinada al monumento fúnebre levantado en Turin al arquitecto Cárlos Sada.

La originalidad de la postura, que parece indicar la fortaleza de las formas arquitectónicas y la belleza de las líneas, sobre todo del rostro que une á la idealidad el vigor de la idea representada, hacen que esta obra de arte merezca ser reproducida, como la han reproducido los mejores periódicos ilustrados de Italia.

REVISTA DE LA SEMANA

El cielo mandó á la lluvia y al viento que refrescasen la atmósfera en que nos ahogábamos los madrileños, y el viento y la lluvia obedecieron humildemente, dándonos una temperatura agradable, tibia, primaveral, que nos hace ver sin envidia á los que se marchan hácia las hermosas playas del Cantábrico.

Vayan enhorabuena esos afortunados viajeros, que mientras nosotros tengamos unos jardines del Buen Retiro, con sus retazos de música y sus trozos de literatura al aire libre, un Prado donde se siembra agua y se cosechan calenturas, y una Puerta del Sol donde el polvo se comé y se bebe á un tiempo, desleído en los brillantes eflúvios de las luces eléctricas, que van á hacer más ciegos que cualquier oculista afamado, no hemos de tener envidia á ningún cristiano que se vaya á respirar los aires purísimos de las incomparables Provincias Vascongadas.

Pero ¡ah! ese viento y esa lluvia que han refrescado la atmósfera de Madrid, han sido terrible azote de otras comarcas.

En los términos de Ateca y Calatayud, provincia de Zaragoza, el granizo ha desolado los campos, el agua torrencial ha invadido espantosamente las poblaciones, y el rayo ha hecho estragos en algunos infelices habitantes.

La cólera de Dios se desata con justicia en todas las calamidades posibles.

La sequía había matado la cosecha en algunas provincias; la tempestad la ha deshecho donde ya se creía asegurada.

Madrid no necesita de estos castigos que Dios impone por medio de los elementos. Si la sequía no nos aflige ni la tempestad nos azota, en cambio la sequía y la tempestad de las provincias nos dejan sin pan y sin camisa.

Lo peor es que no nos dejarán sin recaudadores de contribuciones.

Al Estado pocas veces se le apedrea la cosecha, y el germen el apetecido fruto de los campos.

ni se le seca en el momento de ingresos que nos dice campos.

Hay un presupuesto de esta vida comun á todos los españoles, fuerza sucumbir á esa exigencia perentoria, imprescindible, como la del estómago hambriento que grita, imitando á los convencionales franceses:

¡O el pan, ó la muerte!

Sólo que el estómago muere muchas veces por

falta de pan, y el presupuesto de ingresos no muere nunca.

Goza de esa inmortalidad envidiable de todas las personalidades colectivas que llevan el nombre de reinos, naciones, pueblos ó tribus.

¡Ah! el emperador de Marruecos no era, por lo visto, una personalidad colectiva, porque, segun dicen, ha muerto.

A la hora presente habrá visto ya qué clase de huries se usan en el paraíso de Mahoma.

Aunque ya está averiguado que no se parecen nada, absolutamente nada á las odaliscas que se usan en el harem.

La contribucion de consumos es la piedra de toque de todas las administraciones públicas de España.

Se suprime, por dar expansion á ciertas corrientes populacheras, y los ayuntamientos se quejan de falta de recursos para atender á sus necesidades.

Se restablece para dar gusto, y muy legítimo, á los ayuntamientos, y ya están los consumidores bramando contra la carestía de todos los artículos de comer, beber y arder.

Por supuesto que esa contribucion es el primer artículo de arder que se conoce, porque no hay otro que queme tanto la sangre á cierta especie de contribuyentes.

Dígalo el sangriento espectáculo que acaba de suceder en la ciudad de Manresa.

Amotinadas las turbas, con motivo ó con pretexto de la mencionada contribucion de consumos, quemaron las casillas de los empleados y permanecieron en actitud hostil hasta que las autoridades, auxiliadas de la fuerza pública, se impusieron á los revoltosos, no sin hacerles desgraciadamente algunos muertos, no pocos heridos y unos sesenta prisioneros.

Conservamos esta tecnología militar que emplean los periódicos oficiosos, para que se vea que en nuestro tiempo todo va tomando carácter de batalla, á pesar del gran certámen de la paz que se celebra en Paris.

Segun las últimas noticias, el orden se habia restablecido por completo; pero es de temer que sea un orden efímero si no se resuelve de una vez esa eterna cuestion del impuesto de consumos, contra la cual se han estrellado las más galanas, risueñas y placenteras teorías de los famosos economistas que nos embaucaron en la Universidad cuando éramos estudiantes.

En la refriega salieron heridos el brigadier señor Mola y Martínez y un teniente coronel de infantería.

Hay que advertir que los amotinados llevaban revolvers, pistolas, escopetas y demás instrumentos de manifestacion pacífica que se acostumbra en semejantes casos.

No es España el único país donde se producen estos alborotos populares.

En Marsella ha habido uno mayúsculo, de bastante más importancia que el de Manresa por la causa que lo promovió y las personas que intervinieron en la colision.

Los católicos celebraban un acto votivo al Sagrado Corazon de Jesús, de antiguo origen, depositando al mismo tiempo coronas al pie de la estatua del Obispo Belzunce, de gloriosa memoria.

El señor Obispo de la diócesis presidía el acto y debía decir la misa votiva. Además, se presentaba la ofrenda del cirio tradicional dado por el tribunal de Comercio.

Los revolucionarios marseleses, protegidos por el municipio, que allí, como en las demás grandes capitales de Francia, es de un color rojo subido, no pudieron tolerar aquel pacífico, pero elocuente testimonio de la religiosidad del pueblo sensato de Marsella, y arremetieron con su acostumbrado valor y su proverbial tolerancia á los indefensos católicos, promoviendo una de esas escenas escandalosas, brutales, inverosímiles, que los españoles herido no pocas veces durante aquel período inolvidable en que navegábamos, Dios sabe cómo, sobre las turbulentas aguas de la libertad.

El señor Obispo de Marsella tuvo que refugiarse en un coche y volverse apresuradamente á su palacio, no sin oír algun que otro grito tan insinuante como este: ¡A la guillotina!

La revolucion no se puede olvidar de su amada guillotina, á pesar de los melifluos cantos de ciertos oradores de canchales.

Además de insultar al Obispo vivo, ultrajaron al Obispo muerto, cuya estatua quisieron demoler, sin duda porque les estorbaba aquel testimonio irrefutable de la virtud y de la ciencia de los personajes de la Iglesia católica.

Los católicos se defendieron valerosamente, y á pesar de la complicidad manifiesta de las autoridades municipales y de la inexplicable apatía de las superiores, vitorearon con entusiasmo al señor Obispo y á la Religion, mientras contestaban con garrotazos á los garrotazos y con bofetadas á las bofetadas.

Por supuesto, la ganancia positiva fué para los revolucionarios, que hicieron un grande acopio de relojes y portamonedas, extraviados inconscientemente durante el patriótico motin.

Aliquid chupatur, como dijo el otro.

Estas escenas edificantes de la tolerancia republicana, no han impedido á los parisienses tener una fiesta espléndida, monumental, fantástica, el día 30 del pasado mes, que ha embriagado de gozo y de entusiasmo á aquel pueblo heróico que quería vencer á los prusianos cantando la Marsellesa, pronunciando Frrrrancia con media docena de erres y abrasando las Tullerías, el Hotel de Ville, los Gobelinos y el mundo entero por los cuatro costados, si las tropas de Versailles no lo hubieran impedido.

Todo Paris se ha iluminado con millones de luces de bengala, eléctricas, venecianas, etc., etc. La bandera tricolor ondeaba en los tejados, y la cocarde era adorno de la cabeza y de las ligas de las alegres patriotas que ostentan sus encantos por las aceras del Boulevard y en las sombrías alamedas de Mabilie.

Aquello, segun cuentan, ha sido un frenesí, una borrachera de entusiasmo, sin que hasta la fecha sepamos la causa de semejante atracon de luminarias, de retretas y de vítores.

Para que el espectáculo sea completo, no ha faltado siquiera la inauguracion de una gran estatua de la República en el Campo de Marte y el correspondiente discurso del señor de Marcére, ministro del Interior, ponderando las excelencias,—ó como quien dice, la vida y milagros,—de aquella diosa de piedra berroqueña.

Nosotros nos figuramos que la locura del pueblo de Paris habrá llegado á sus últimos límites al contemplar las esbeltas formas de la estatua, que probablemente tendrá un poquito levantada la túnica, como en actitud de bailar el imprescindible can-can.

¡Oh pueblo delicioso! De Roma dijo Yurgurta: «Ciudad venal, sólo te falta un comprador.» De tí, cerebro del mundo, como te ha llamado tu cortésano Victor Hugo, puede decirse: «Pueblo envilecido, no te falta más que el látigo ehasqueando sobre tus espaldas.»

VALENTIN GOMEZ.

LA LEYENDA DE ALBERTO MAGNO

Corria el primer tercio del siglo XIII, de aquel siglo en cuya culminante cima se confundieron en misterioso abrazo el pasado y el porvenir de la civilizacion europea, y Pádua, la antigua ciudad de los Obispos, rechazando el ominoso yugo del despotismo imperial, echaba los primeros cimientos de su universidad ilustre; de aquella gloriosa universidad, que, enriquecida con los sabios venidos de Bolonia, habia de competir en breve con las universidades de Paris, de Salamanca y de Oxford, que, como antorchas fulgurantes encendió la religion, para luz de las generaciones, en las cumbres de la Cristiandad.

Grande era el bullicio que aquella brillante juventud, compuesta de escolares de todas las naciones, producía en las calles y plazas vecinas á las aulas de las escuelas, cuando por en medio de todos apareció un jóven como de unos veintitantos años, de varonil aspecto, hermoso porte y ademan gallardo, vestido de una ajustada ropilla de seda, en que se dibujaba su airoso talle, ceñido por el correon de una larga espada, calzadas sus piernas por largas medias y apretado calzon, y con una gorra de terciopelo coronada de una vistosa y ondulante pluma en la cabeza.

—¡Adios, Alberto!—le gritaban los escolares.

—¡Adios!—contestaba con amabilidad su compañero, y bien á las claras se veía el afecto y hasta el cariñoso respeto con que le miraban todos.

Sin detenerse á conversar con ellos, Alberto, pues que tal era el nombre de nuestro jóven, atravesó diligente la plaza, é internándose en una de aquellas estrechas y tortuosas calles de la ciudad antigua, se dirigió á la iglesia que los hermanos Predicadores tenían en Pádua, y en la que á la sazón predicaba el bienaventurado Jordan de Sajonia, aquel á quien sus contemporáneos bautizaron, por su elocuencia seductora, con el apodo de *Cortesana*, diciendo: *No vayais á los sermones de Fray Jordan, porque es una cortesana que pesca las almas.*

Alberto hubo de picar el cebo celestial de la palabra del predicador, y arrojándose á los piés de una imagen de la Virgen María que habia en la iglesia de los Dominicos, la pidió, con lágrimas en los ojos, que le iluminase sobre su vocacion. La imagen, trasfigurándose con la luz de sobrehumanos resplandores, le confirmó en su aspiracion sublime, y cuando la resolucion del opulento estudiante y el enojo de su nobilísima familia se hicieron públicos en la ciudad, el apuesto y elegante mancebo se habia convertido en un humilde novicio, que, rasurada su espléndida cabellera y cubierto su cuerpo de tosco y áspero sayal, habia cambiado la lujosa estancia de su palacio por la estrecha celda de un convento.

II

Una noche, fria y larga, de invierno, en esas horas desusadas en que todo calla y reposa en la naturaleza, cuando apenas el viento silba en los torreones de los castillos y en las cúpulas de los monasterios, y cuando, apagado todo fulgor en el cielo y en la tierra, el buho lanza su grito fúnebre en las tinieblas que cubren el espacio, un rumor sordo y apagado se oía en una celda del convento de Dominicos de Bolonia, y un reflejo ténue se traslucía á través de una de sus ojivales ventanas. Era la celda de Alberto. Allí, sobre una mesa, con un voluminoso infólio delante, sumida la calenturienta cabeza entre las descarnadas manos, leía á media voz, como si quisiera grabar en la rebelde memoria las palabras ó penetrar con el cansado entendimiento su sentido, el antiguo estudiante de Pádua.

De pronto alzó la cabeza; en sus ojos se leía una fria desesperacion y una resolucion formidable; cerró de golpe el libro, abrió con mano resuelta la ventana, y á la luz débil y vacilante de su lámpara, herida por el viento que venia de afuera, buscó una cuerda larga y fuerte, y atándola á la columna de piedra que dividia el arco ojivo, la arrojó por la parte exterior del muro.

No cabia duda: Alberto, abatido por las insuperables dificultades del estudio, no queria deshonorar su hábito con su torpeza, y presa de un vértigo maligno, queria huir del monasterio para ocultar su desesperacion y su ignominia, acaso, acaso en los abismos de la muerte.

En el momento de lanzarse afuera volvió la cabeza, sin duda por última vez, y como triste adios á la que es Madre de afligidos y consuelo de desgraciados, á la Virgen María, por cuya indicacion habia tomado el hábito blanco de la *Orden de la verdad*, de la *Orden de Santo Domingo*, y cuya imagen se veneraba en su celda, y... ¡caso extraño! Alberto cayó de rodillas al pié de Nuestra Señora, que tomando cuerpo celestial y acompañada de Santa Bárbara y Santa Catalina, le llamaba con suave y penetrante voz, preguntándole la causa de sus pesares.

Alberto no tuvo que hablar mucho para explicarla: la Virgen le consoló, prometiéndole ciencia, esa ciencia más preciosa que el oro y que la pedrería, que las sillas y que los tronos, á la cual habia sacrificado Alberto su glorioso porvenir en la carrera de las armas; esa ciencia, auxiliar y compañera de la fé, cuyas excelencias cantó Salomon, y sobre cuyo tesoro ha velado siempre la Iglesia. Entonces la Virgen le preguntó que qué preferia: si ser sabio en la ciencia de Dios, ó en la ciencia de la naturaleza.

Alberto, recordando sin duda que Dios se vela en el misterio ó se revela en los sagrados libros, que el mundo ha sido entregado á las disputas de los hombres, y que para dominarle les ha sido dada la tierra, prefirió, llevado de su humildad y del escaso aprecio que tenía de sus propias fuerzas naturales, ser sabio en la ciencia de la naturaleza; y la Virgen se lo concedió, añadiendo que porque habia preferido la ciencia de la naturaleza á la ciencia de Dios, y á fin de que esta ciencia no le hiciese vacilar en la hora de la muerte, poco antes de morir le seria quitada, volviendo á su anterior ignorancia y natural rudeza.

Alberto, penetrado de reconocimiento y de amor, derramó lágrimas de dulzura, y eso que su espíritu no podia adivinar todavía que en aquellos momentos veia la luz por primera vez en un castillo feudal, alzado sobre una roca de Italia, el águila de la ciencia de Dios, el sol de la Iglesia, destinado por la Divina Providencia á ser el más glorioso, á la vez que el más humilde de sus discípulos.

III

Por todo el orbe conocido habia volado ya la fama de la ciencia de Alberto. El mundo le llamaba *estupor de su siglo*; y los estudiantes de todas las regiones, atraídos por el renombre de su ciencia, acudieron presurosos á recoger las sabias enseñanzas que salian de sus labios en la imperial ciudad de Colonia, la antigua corte de Agripina.

Un día aparecieron entre esta juventud brillante un par de frailes cubiertos de polvo. Venian de Italia á pié, sin más provisiones que el breviario y sin más apoyo que un cayado tosco de pastor. El uno era el famoso Juan el Teutónico, que reinaba á la sazón sobre un pueblo de treinta mil religiosos; el otro era un pobre novicio, que aunque en el mundo descendia de los emperadores de Alemania y de los reyes de Aragon, de Francia y de Sicilia, en la Orden sólo se llamaba Fray Tomás.

Al verlo, y al observarle su constante silencio, la petulante juventud escolar le llamó el *Buey mudo de Sicilia*; y Alberto, queriendo ver lo que daba de sí aquel novicio, le interrogó públicamente.

Fray Tomás... contestó. Su respuesta no la han conservado los siglos, pero puede inferirse por la réplica del sabio Alberto, que ha llegado íntegra hasta nuestros dias. *Nosotros le llamamos Buey mudo, exclamó; pero sabed que sus mugidos resonarán en todo el mundo.*

En efecto, aquel Fray Tomás era ¡Santo Tomás de Aquino!

IV

¿Qué misteriosa habitacion es esta? Vasos, retortas, alambiques, cifras y números cabalísticos, piedras y animales raros y monstruosos, hornos y herramientas, compases, libros de fórmulas y figuras desconocidas... ¿Es esta la habitacion de un mágico? No; es la celda de Alberto.

Sin llamar á la puerta, entra en la celda un monje feo, pequeñito, negro; apenas tiene más que piel y huesos; su voz es cascada y estridente; no lleva más vestido que un saco de crin amarrado á la cintura con una soga. Se dirige á Alberto, que absorto en sus cálculos y combinaciones, ni siquiera vuelve la cabeza hácia él. El monje le increpa por sus distracciones profanas; le recuerda su salvacion final, le pregunta que para qué sirven á Dios las ciencias mundanales á las que dedica un tiempo robado á la oracion, le amenaza con el juicio final y con el infierno por su vana curiosidad, y le anuncia que se desvanecerá con el orgullo que produce la ciencia en los sabios, si más atento al otro mundo que á este, no dedica sus dias y sus noches á la contemplacion, en vez de perderlas en el estudio de vanas ciencias y de doctores paganos.

Alberto, molestado por la arenga ascética del monje, en vez de contestarle, traza en el aire el signo de la cruz, y el supuesto anacoreta desaparece dando un estallido.

A poco llaman á la celda, y la puerta se abre. Son dos enfermos que vienen á solicitar su curacion de Alberto; son dos temperamentos distintos, y tienen dos dolencias contrarias. Alberto toma una copa de metal y da un sorbo de su contenido á cada uno de los dos enfermos, que con la misma medicina se encuentran poco despues completamente sanos.

Más tarde viene un zapatero: es un hombre testarudo y curioso, que se ha empeñado en que Alberto le ha de dar una muestra de su saber, y trae un saco para llevársela. Alberto condesciende por fin; mete la mano cerrada en el saco, y la saca abierta. El zapatero se marcha satisfecho, y apenas sale del convento abre el costal, del que saltan dos robustos jayanes, que le quitan la curiosidad molliéndole los huesos con los mismos trastos de su oficio.

Despues entra en la celda un pescador. Hospedó una noche á Alberto en su cabaña, y Alberto, no teniendo dinero con que pagarle su hospedaje, le forjó un pez de metal, que puesto en la red atraía á sí gran cantidad de pescado. El pescador habia perdido el pez, y venia á que Alberto le hiciese otro. Alberto tomó un libro, hizo sus cálculos, y despues de un momento de meditacion le despidió diciendo que le haria otro cuando los astros vol-

viesen á estar en la conjuncion en que estaban cuando le hizo el primero.

—Y cuántos dias tardarán, preguntó el pescador contrariado, en estar en la misma conjuncion?

—Ochocientos millones de años, añadió Alberto muy tranquilo, cerrando la puerta de su celda.

Esta vez la puerta permanece cerrada; pero un ave fatídica que duerme sobre el cuello de una retorta, grazna. Alberto escucha su graznido, y toma un espejo romano que hay sobre una mesa. En su fondo metálico ve que el Sumo Pontífice está á punto de fallecer y no tiene quien le absuelva, pues sus servidores están lejos. Alberto impaciente se levanta, pronuncia una palabra misteriosa, y el diablo en persona se le aparece oliendo á azufre. Alberto, como si se tratara de un asnillo pacífico, se monta sobre sus espaldas, y señalándole los aires, se lanzan juntos al espacio.....

Un instante despues Alberto y su cabalgadura dan en la celda. Viene de Roma; el Papa absuelto ha fallecido. Alberto vuelve á su trabajo, y el diablo, rechinando de furor por los humildes y piadosos papeles que le obligan á hacer los conjuros de Alberto, se precipita en el abismo.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

(Se continuará)

LAS GENTES FELICES

Hay quien dice que con todas las personas felices de la tierra no se podria formar un batallon.

Afirman otros, que no llegan á una compañía; y no falta quien asegura que apenas componen una escuadra.

¿En qué consiste la extraordinaria escasez de las gentes dichosas? ¿Por qué la felicidad es tan rara en este pícaro mundo?

Algunos contestan: porque la felicidad no depende de nosotros, sino de las circunstancias. Sea usted rico; tenga usted una mujer amable y unos hijos obedientes; sea usted afortunado en sus negocios; llegue usted á ocupar la cumbre de la sociedad, y goce, por añadidura, de buena salud... y cátese usted más contento y feliz que Chupito.

(Declaro, entre paréntesis, que yo no he tenido el honor de conocer al señor de Chupito, aunque pasa por ser el individuo más alegre de la Creacion.)

¿De manera que la felicidad depende de la posicion de cada uno?

No estamos de acuerdo.

Una de las cosas más frecuentes, en el gran mundo, es oír á hombres millonarios, graciosamente barrigudos, poseedores de todos los elementos necesarios para la dicha interior, hombres á quienes todo les sale bien, como si hubieran nacido de pie, universalmente considerados, casi adorados por la multitud que los rodea, dotados de un estómago de buitre y de pulmones de acero, quejarse, sin embargo, de su estado y maldecir hasta de la hora en que nacieron...

Se fastidian á todas horas y fastidian al prójimo que vive cerca de ellos; gastan un humor de todos los diablos, y á veces se escapan de su miserable existencia por la terrible puerta del suicidio.

Bien que no es en ellos oro todo lo que reluce, y su felicidad es fútil y pasajera como el vuelo de la golondrina.

El rico se arruina; el bien casado, el padre de una familia floreciente, pierde á su mujer y á sus hijos, que por fuerza se han de morir alguna vez; el ministro cae de cogote rompiéndose la crisma ministerial; el diputado deja de serlo; el robusto sibarita, con su abdomen prominente y sus mofletes balanceándose sobre el pescuezo, se mete en la cama atacado de la fiebre, de la gota, de la viruela ó del cólera... y estira buenamente la patita como un simple mortal.

¿Y se acabó la felicidad!

Lo ha dicho un poeta, á pesar de que los poetas suelen decir no pocas atrocidades:

Es un sueño no más dicha que acaba.

No hay que darle vueltas al torno. La felicidad no depende de nuestra posicion: depende de nosotros mismos.

—Entendido: nos va usted á decir que la felicidad consiste en la virtud; y que, cumpliendo con nuestros deberes, además de los derechos que adquiriremos á la vida eterna, aquí abajo no nos faltará, en el testimonio de una buena conciencia,

la más verdadera de las felicidades de la tierra. ¿No es esto?

—Esto es, en efecto; pero es una verdad incompleta que me voy á permitir completar.

Hay hombres que cumplen fidelísimamente sus deberes, que son buenos cristianos, y á quienes, no obstante, nada les sale á medida de su deseo.

Cuando se comparan á otros ménos virtuosos que ellos, aunque mucho más afortunados, esas buenas gentes juzgan á Dios bastante severo, y bien que no le llamen injusto, casi, casi lo piensan.

Algunas veces echan á rodar el banco de la paciencia, y lanzan frases crueles y hasta blasfematorias.—¿Qué he hecho yo para que Dios me trate de

esta manera?—¿En dónde está esa justicia y esa bondad de lo alto de que tanto se me habla?—¿Cómo conciliarlas con este encarnizamiento de la Providencia en atormentarme?

Aquí teneis á estos murmuradores de la Providencia, que son unos desdichadísimos caballeros. ¿Sabeis por qué?

Porque les falta uno de los dos elementos constitutivos de la dicha humana.

Por de pronto, es preciso cumplir con nuestro deber, á fin de que Dios esté contento de nosotros.

Pero es además necesario tener una confianza tal en Dios, que adoremos su sabiduría, su bondad y sus determinaciones sin discutirlos, y áun

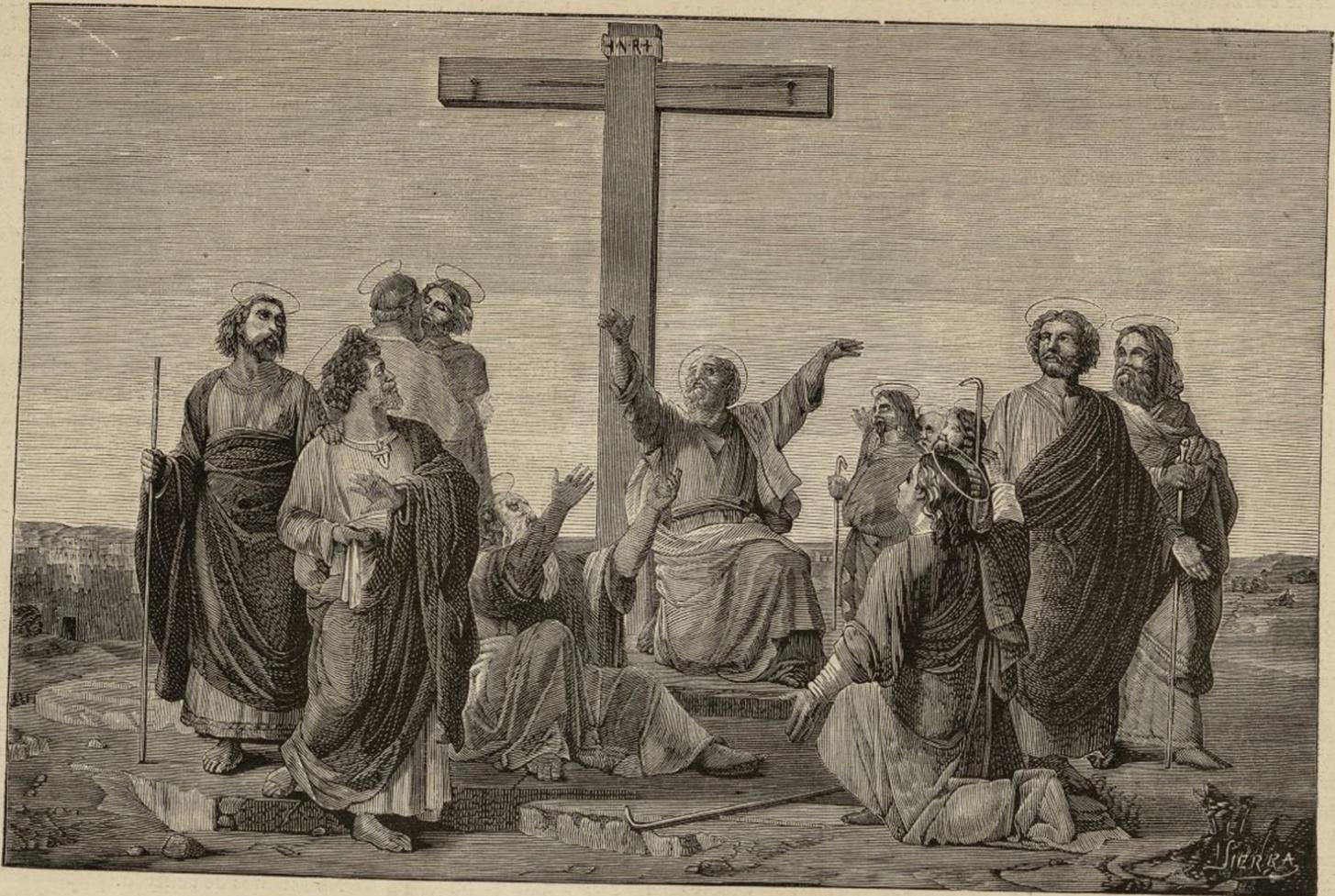
defendiéndolas á todo trance contra los que las ataquen; que suframos y pensemos que todo ello es por nuestro bien, y que si somos castigados, debemos besar la mano que nos castiga.

En otros términos, y para decirlo de una vez: que así como Dios está contento de nosotros, es fuerza que nosotros estemos contentos de El.

Y de este modo, sean cualesquiera las circunstancias exteriores de nuestra vida, entraremos á verlas desplegadas en ese puerto de paz y de alegría íntima que abriga y abrigará siempre á la escuadra, á la compañía ó al batallón de las gentes felices.

N. CONDE.

CUADRO RELIGIOSO



LOS APÓSTOLES REUNIDOS AL PIÉ DE LA CRUZ

LA CORONA DE LA VIDA

(A...)

Cuando del cielo al mundo
Desciende un alma,
Envía Dios un ángel
A custodiarla,
Para que luego
Por sendas de virtudes
La vuelva al cielo.

Y el ángel que por suerte
Guarda una niña,
Con más tierno cuidado
Sus pasos guía:
Nunca la deja;
En el llanto, en el gozo,
Siempre con ella.

Su oracion, sus virtudes
Y sus labores
El ángel recogiendo
Trasforma en flores,
Con que la teje
Una hermosa guirnalda
Para sus sienas.

De castos pensamientos
Hace azucenas;
De labores humildes,
Frescas violetas;
De los suspiros
Y de los sufrimientos,
Preciosos lirios.

Mas si la niña, ociosa
Pasa los dias,
O en locas vanidades

Entretenida,
Tambien el ángel
Ocioso y mudo siente
Su daño grave.

Y tambien pone espinas
En vez de flores
Si la doncella tiene
Murmuraciones;
Mas si se enmienda,
Las espinas reemplaza
Con flores nuevas.

Así, cuando el fin llegue
De sus destinos,
Y Dios ante sus ojos
La llame á juicio,
La ociosa niña
No llevará corona
Sino es de espinas.

Mas la niña que el tiempo
Siempre divide
En labores y rezos,
Pura y humilde,
Llevará entonces
La frente coronada
De bellas flores.

.....
Tú, niña, que cautivas
Porque eres buena,
Aún más que por tus gracias,
Con ser tan bella;
Niña preciosa,
¿Quién contará las flores
De tu corona?

A. DE VALBUENA.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

CUIDADOSAMENTE REVISADA Y CORREGIDA POR EL AUTOR
DESPUES DE SU CONVERSION,

Traducida para *La Ilustracion Católica*

POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

DEDICATORIA.—Á MI MADRE

Me preguntan algunas veces, madre querida, por qué hablo siempre de Bretaña, y por qué el nombre de Rennes sale tan á menudo de mi pluma. Es porque tú estás en Rennes, y contigo todos los que amo.

Hablo de Bretaña y de Rennes, porque pienso en ti siempre; porque mi corazón está contigo; porque hablando de Rennes y de Bretaña se me figura que hablo contigo ó que hablo de ti.

Te envío este libro, que leerás ántes que nadie. Si te hace pasar algunas horas felices con mi recuerdo, habré alcanzado el éxito más apetecido.

Tu respetuoso hijo

PABLO FÉVAL

I

Donde se hace conocimiento con Malbrouk, Pichenet y la señorita Blanca

El sol hermoso de los primeros dias de Junio sonreía en los tilos del palacio de Noyal. Los rosales en flor ostentaban sus perfumados ramilletes. El aire era templado y apacible. La brisa, al pasar por entre aquellos verdes setos y aquellos casta-

BELLAS ARTES



HATAIX

mayor, ni el asunto podría estar tratado de una manera más acomodada á las circunstancias y condiciones de la sociedad moderna, por lo cual recomendamos este libro á nuestros lectores muy eficazmente.

MOVIMIENTO RELIGIOSO

JUVENTUD CATÓLICA CATALANA

¡A ROMA!

Las peregrinaciones á los santos sepulcros de los bienaventurados Apóstoles, han sido en todas épocas una de las manifestaciones de la fé viva y de amor sincero. De los siglos que la misericordia de Dios Nuestro Señor probó con irrupciones de bárbaros, y hambre, y guerras, y pestes, dice la historia que fueron salvas las sociedades acudiendo al sarcófago de San Pedro y San Pablo, ó al templo de Santiago de Compostela. Allí postradas las generaciones ante las venerandas reliquias de los enviados de Jesucristo, alcanzaban por su intercesión remedio á los infortunios, auxilio contra los enemigos, y la independencia y paz de la patria.

Las edades en que se luchaba cuerpo á cuerpo, en que se aherrojaba, se reducía al hambre y se decapitaba á los creyentes, han pasado. Entonces el cuerpo fatigado imploraba la intercesión de los Santos venerando sus preciadas reliquias.

Hoy la guerra está en las inteligencias, y se martiriza al espíritu; hoy debemos acudir á fortalecer y pedir consuelo á la Cabeza visible de la Iglesia, y rogando *ad limina Apostolorum* por los males inmensos que aquejan á las naciones, hemos de suplicar á aquellos espíritus gloriosos que renovaron la faz de la tierra, que conforten al sucesor de Pedro, que gime por la perversion de hijos sin entrañas; que iluminen las mentes de los hombres, devuelvan el sosiego á los corazones y torne aquél á universal tranquilidad de los pueblos cristianos. Hoy que las asechanzas parten de la razón rebelada, debemos acudir á la fuente de la infabilidad rectora de la razón. Hoy que se combate sin tregua al Pontificado, es necesario que se nos vea al rededor de la Santa Sede, escudándola con nuestros cuerpos y protestando con toda el alma, de nuestra ferviente adhesión.

Los fieles de Alemania, originadora de la perversion; los fieles de Francia, propagadora de la letal doctrina; los fieles de todos los países contaminados, han acudido llorando á prosternarse á los pies de Leon XIII; ¿ha de faltar España, que en todos tiempos ha sido el consuelo de la Iglesia?

¡Católicos españoles! ¡a Roma! ¡a Roma! á pedir perdón por nuestros compatriotas extraviados; á pedir luz á la cátedra de Verdad; á consolar al Pontífice-Rey, al Vicario de Jesucristo, como éste escarnecido y maltratado!

Con la bendición y aprobacion de los reverendísimos Arzobispo de Tarragona, Obispo de Canarias, electo de Barcelona, Obispo de Gerona, Obispo de Lérida, Obispo de Tortosa y Obispo de Vich, La Juventud Católica de Cataluña, representada por las Academias de Barcelona, Berga, Gerona, Lérida, Manlleu, Sabadell, Sarriá, Solsona, Tarrasa y Tortosa, invita á las demás Academias de la Juventud Católica, á todas las asociaciones católicas, cofradías, hermandades, y en general á todos los católicos de España, á una romería general española, que, Dios mediante, será recibida por el Padre Santo el día 15 de Octubre del corriente año.

¡Que Dios nuestro Señor bendiga nuestros propósitos y encienda en las almas el amor que ha de llevar á cabo esta obra en fé de pueblo español.

Día de la festividad del Corpus-Christi, 20 de Junio del año de gracia de 1878.—Por las Academias de la Juventud Católica de Barcelona, Berga, Gerona, Lérida, Manlleu, Sabadell, Sarriá, Solsona, Tarrasa y Tortosa, sus respectivos presidentes: José de Palau y de Hugué.—Agustín Fargués.—Poncio Heras.—José Antonio Mostany.—Ramon Madirolas.—Miguel Reynal.—Lutgardo Lopez.—Domingo Valls.—J. Elias.—Ramon Foguet.

El martes 25 tuvo lugar en Londres la décimatercera reunion de la Asociación titulada *Fondo para la educación diocesana de Westminster*, bajo la presidencia del Cardenal Arzobispo, y la sala de Santiago (Saint-James-Hall) presentaba un aspecto que no se puede describir.

Lo más ilustre de la aristocracia inglesa, los Norfolk, Gerard, Bute, Denbigh, Clifford, Douglas, miembros de la Cámara de los Lores; con los Boywer y los Moores, miembros del Parlamento, generales y oficiales superiores del ejército, al lado del venerable y venerado P. Neuman y Mons. Talbot, y el Rdo. P. Lockhaut, llenaba la vasta sala y aplaudía con gozo y frenesí las palabras, como siempre elocuentes y oportunas, de aquel infatigable Prelado, de quien puede decirse que sólo vive para y por el trabajo.

El Cardenal decía: «Recuerdo que hace trece años, cuando por primera vez nos reunimos aquí, empezábamos una grande obra, con levísimas esperanzas de que la llevaríamos á buen término, ni siquiera de que obtuviéramos algunos frutos de ella. Pero hoy no quiero decir que todo se haya hecho, porque queda aún mucho que hacer; pero se ha hecho ya tanto, que lo que queda se hará, de seguro.»

Y dicho esto, el Cardenal empezó á enumerar datos. En 1866 habia en Westminster 15 pobres escuelas, á las que apenas asistian 5.000 niños; en 1878 hay 169 escuelas parroquiales con bibliotecas, en que el número de volúmenes pasa de 35.000; cinco escuelas de Derecho, cinco industriales, una normal, seis colegios de huérfanos, en que éstos están recogidos, 22 de enseñanza intermedia y superior; y á estas escuelas concurren 24.000 niños. ¿No es esto admirable y consolador en alto grado?

En cuanto á lo que son esas escuelas, el Cardenal lo ha dicho; pero con más autoridad todavía que si las palabras fueran suyas, porque ha empleado las de la inspección oficial, que las clasifica así: 48 excelentísimas, 58 notablemente buenas (*fairly good*), 58 buenas y 11 regulares.

Eso reconocen los inspectores protestantes en las escuelas católicas de Londres; así, en ese número y de esa calidad, fundan escuelas los católicos donde se les deja alguna libertad; pero eso no impide que los revolucionarios sigan diciendo que los católicos quieren acabar con la instrucción y con el progreso, apagar la luz de la ciencia, etc.

Después del Cardenal, obtuvo la palabra el conde Denbigh, que propuso entre aplausos la resolución siguiente, aprobada por unanimidad:

«La necesidad de multiplicar y mantener escuelas católicas dentro de la unidad, y bajo la inspección inmediata de la Iglesia, es cada año más evidente, por el visible aumento de los peligros que presentan los sistemas seculares de educación, y por las desastrosas consecuencias que á causa de ello vemos producirse en otros pueblos.»

¿No es feliz el pueblo que puede decir esto y atiende á precaver los daños que no siente, pero que presencia lejos de sí?

Habló tras del conde Denbigh el coronel Prendergast, y también merecen citarse las últimas palabras de su discurso, que fueron estas: «Somos católicos; nuestro Cardenal quiere fundar más escuelas; no tiene dinero para ello, pues á nosotros nos toca dárselo.»

Y estas no son palabras, porque allí mismo los hechos las dejaron atrás.

Hablaron en seguida con el mismo entusiasmo, que allí va siempre acompañado de hechos y de aplicaciones prácticas, sir J. Boywer y sir Arthur Moore, miembros del Parlamento, y el Cardenal despidió á la concurrencia dando á todos desde el fondo de su alma su santa bendición.

MISCELÁNEA

La colección española de la Exposición de París contiene notables objetos, procedentes en su mayor parte de la *Armería* de Madrid, entre ellos dos astrolabios de bronce contruidos en Toledo en el siglo XI, un modelo en madera del alcázar de Madrid incendiado en 1734, diferentes armas antiguas, la armadura de Alfonso V de Aragón, una preciosa cama portuguesa, realzada por medallones que se atribuyen á Rafael, la armadura de Cristóbal Colon y la de Felipe II, una Biblia del siglo XIII, el casco de Alí Bajá, el casco de Fernando V, el de Boabdil, dos pianos antiguos y una colección de fotografías representando costumbres y tipos españoles.

El interior de este pabellón es maravilloso. Una ingeniosa combinación de botellas de mil formas y colores; tapizando las paredes y las columnas, forma una cúpula árabe, de la que penden aquellas, produciendo por el destello de la luz un efecto admirable.

En el sitio destinado á la agricultura se ven cereales, rutos, vinos, aceites, conservas, licores, le-

gumbres, etc., etc. Los vinos de más fama, malvasía, moscatel, rancio, seco, blanco dulce, Valdepeñas, Jerez, se encuentran en una multitud de botellas.

En el exterior del Pabellón se halla expuesta una colección de las maderas más celebradas del país.

El congreso literario celebrado en París bajo la presidencia de Víctor Hugo, ha terminado ya sus sesiones. La discusión ha sido poco útil y muy enmarañada. Parece que el resultado práctico, el acuerdo á que se inclinan sus individuos, es á dejar que los autores disfruten de la propiedad literaria sobre sus obras, el plazo que la legislación de su país les autorice, y á imponer desde ese día un ligero derecho, que los editores habrán de pagar al autor, si vive, ó á sus herederos.

Víctor Hugo ha presidido con una soberbia tal, que cualquiera le hubiera tomado por un Dios dirigiendo una reunion de simples mortales.

En lugar de sentarse, se arrellenaba; en vez de hablar, decretaba.

Los asistentes, por otra parte, hacían toda clase de bajezas en su presencia. Uno de ellos le besó el otro día la mano estando en los pasillos.

A uno de los oradores que le dirigía la palabra, le respondió secamente el poeta:

—¡Yo no discuto con hombres incompetentes! Algunos miembros de la reunion echaban de ménos un par de incensarios...

¡Mamarrachos!

En nuestro número anterior, y en la parte referente al relato histórico intitulado *Un héroe de la Independencia*, se olvidó poner una nota, que hubo de trasapelarse entre el original, en la que se decía que á la familia del héroe D. José Romeu se le ofreció un título que conmemorase el patriótico martirio de aquel ilustre defensor de España, y que esta merced, como la mayor parte de las ofrecidas y proyectadas, no se realizó desgraciadamente, mientras se han otorgado tantas á tantos cuyos servicios, cuyas hazañas y cuyo desinterés son algo más que problemáticos.

JEROGLÍFICO



La solución en el número próximo.

ADVERTENCIAS

Habíamos encargado una lámina de actualidad representando la salida del Real Palacio del cadáver de la Reina Mercedes en dirección al ferrocarril del Norte; pero habiéndonos disgustado la ejecución de este trabajo, hecho, como todos los de esta especie, á la ligera, hemos creído conveniente suprimirla, en la seguridad de que nuestros favorecedores agradecerán más un grabado de buenas condiciones, sea cualquiera el asunto que represente, que no una actualidad mal ejecutada.

Suplicamos á aquellos de nuestros suscritores que se hallan en descubierto con esta Administración, se sirvan abonar sus atrasos, y renovar sus abonos, si quieren seguir recibiendo el periódico con puntualidad.